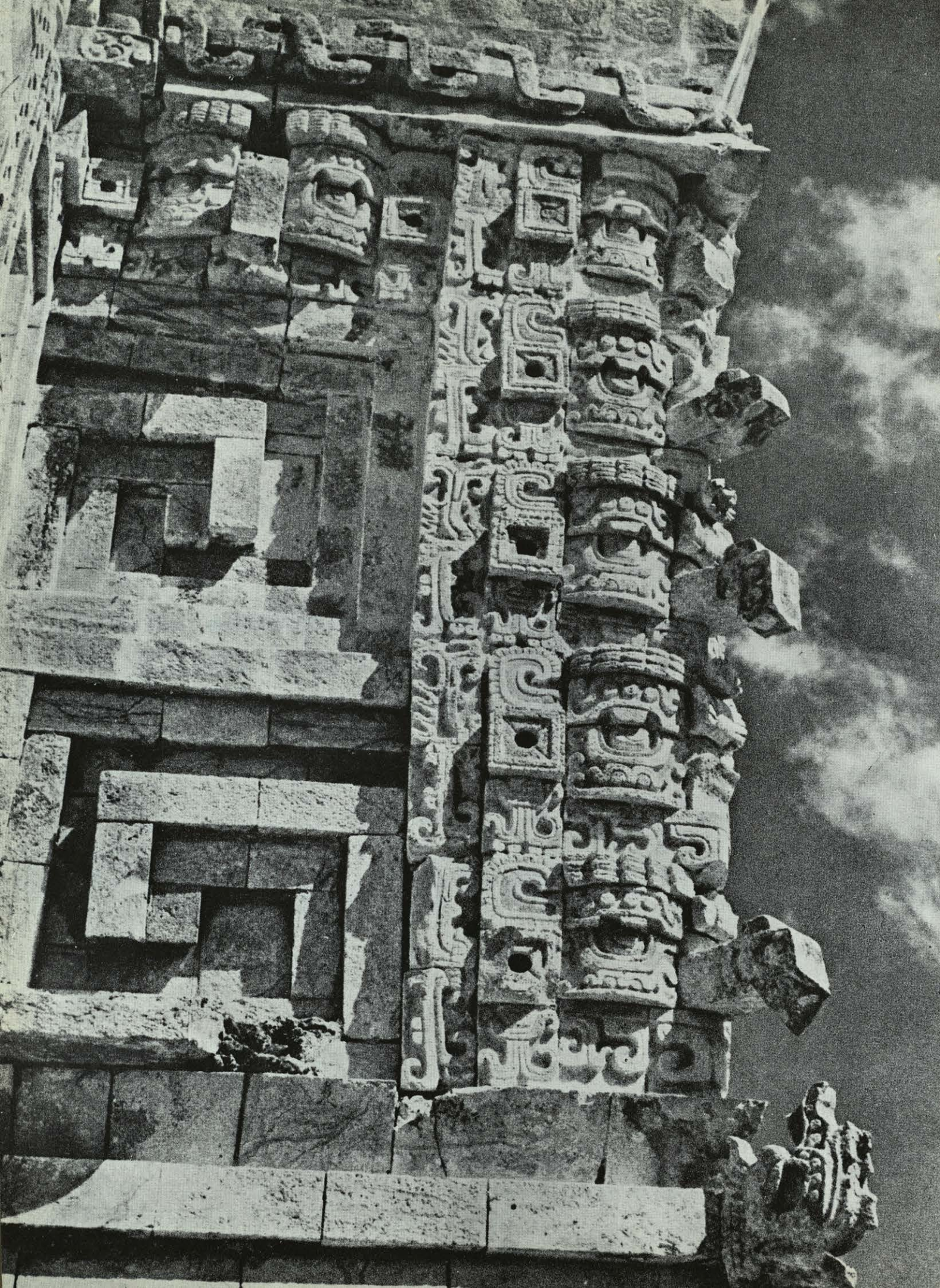




CUATRO MIL AÑOS DE ARQUITECTURA MEXICANA

Pedro Ramírez Vázquez.

HACE CUATRO MIL AÑOS EN CUICUILCO (MEXICO)

En el centro geográfico de América, en las tierras de la altiplanicie mexicana, de limpia atmósfera (2.200 metros de altitud), surgió hace cuatro mil años la primera floración en América de una cultura superior. Como símbolo de ese nacer del hombre americano a las altas manifestaciones del espíritu, sus primeros pasos se desarrollan en lucha titánica con los últimos estertores geológicos de la formación del Valle de México. La erupción del Xitle, ocurrida en el primer milenio A. de C. cubre con su manto de lava la ciudad ceremonial de Cuicuilco, floración la más interesante de esta primera cultura que denominamos "arcaica". Sus restos permanecerán en el olvido, hasta que la piqueta del arqueólogo los devuelva a la vida en la época actual.

La cultura "arcaica", interesante por diferentes motivos (principios de la agricultura, bellas figurillas humanas, ejecutadas en barro, etc.), plasma su carácter fundamental en una manifestación que acontece por primera vez en América: la *Arquitectura*.

La llamada pirámide de Cuicuilco es la expresión concreta de una época, materializada por un basamento circular de 140 metros de diámetro, varios cuerpos escalonados, en los que la enorme masa de piedra, de líneas horizontales, se encuentra hendida, marcando su eje principal por la escalinata de acceso a su parte superior. Esa masa constructiva compacta se ve animada por un elemento que perdurará a través de todas las arquitecturas mexicanas posteriores: el "color". Han hecho su aparición expresiva dos elementos estáticos en esa arquitectura: la forma geométricamente perfecta del círculo y el color.

Esa cultura y su manifestación más importante, la *Arquitectura*, que nacen entre las brumas de la prehistoria y la geología, llevan cuatro mil años de vida ininterrumpida en las tierras de la altiplanicie mexicana.

RAIZ DE NUESTRA CULTURA

El centro actual de la República mexicana y las regiones adyacentes de Centroamérica fueron el asiento de las culturas más desarrolladas de la América indígena.

Se pueden distinguir dos grandes áreas geográficas, como marca natural en que nacieron y vivieron las altas culturas de México: las tierras secas y semiáridas del altiplano y las selvas húmedas, y vegetación lujuriante del sureste de México.

Cronológicamente se desenvuelven ambas en tres ciclos culturales: el despertar del Horizonte Arcaico (2.000 A. C. 100 años A. C.), la madurez del Horizonte Clásico (100 A. C. 950) y la época del movimiento, agitación y lucha del Horizonte Militarista que termina con la conquista española (950-1521).

Teotihuacán, en el Valle de México, es el lugar en que se lleva a cabo por primera vez la revolución urbana, o sea, el paso de los pequeños poblados del período arcaico a los grandes centros ceremoniales del clásico. Su carácter arquitectónico peculiar ha sido perseguido con tenacidad artística a través de todo su crecimiento; es la ciudad sagrada de colosales monumentos, ciudad del silencio y la austeridad en la que el arquitecto ha expresado a través de la rigidez y la sequedad de la línea recta, combinadas con la "organización" del espacio externo conformado por volúmenes arquitectónicos. Su edificio más importante

y quizá el más antiguo, la pirámide del Sol, tiene un volumen de 1.250.000 metros cúbicos, cubriendo una superficie de 52.000 metros cuadrados.

CON LA CONQUISTA SURGE UNA NUEVA NACIONALIDAD

El siglo XVI marca en la creación de la nacionalidad mexicana el momento más trascendental, penetrada dramáticamente por el dolor y las lágrimas, en medio de los cuales se lleva a cabo la síntesis de razas, ideas y de formas de vida, base de la nueva nación que surge a la vida. En ella se aúnan por un lado el espíritu español de fuerte cristianismo, que paradójicamente ha englobado la manera de ser del musulmán, cuyo contacto guerrero acaba de terminar.

El arquetipo que resume en sí mismo el sentido de esa época es una obra arquitectónica: "el convento", centro de la más elevada cultura, avanzada de la evangelización y fortaleza entre los pueblos aún no suficientemente aquietados por la conquista. En sus formas aparecen entremezclados estilos tan disímiles como el románico, el gótico y el renacimiento, pero cernidos, matizados y amalgamados por el espíritu indígena que los ejecuta.

El "convento" hereda el sentido del espacio abierto, organizado y configurado por la masa constructiva, propio de las arquitecturas aborígenes, plasmándolo en las llamadas "capillas abiertas". En él se conjugan sin delimitación posible lo religioso y lo social. El "convento" es casa de oración y recogimiento y de la misma manera centro de las actividades cívicas y sociales.

EL PERIODO COLONIAL

La actividad cultural de la colonia puede ejemplarizarse más clara y dignamente que en ninguna otra manifestación en la Arquitectura. El siglo XVI, siglo de actividad febril para crear la nueva nacionalidad mexicana, ve poblarse su territorio con más de 300 conventos, con la creación de nuevas ciudades sobre los restos de los poblados indígenas, la apertura de la primera Universidad y el primer Hospital de América y con escuelas políglotas. Igualmente crea la primera imprenta y en un país que empieza a surgir a la vida se imprimen más de 300 libros en el término de cincuenta años.

Sin embargo, la etapa arquitectónica más diferenciada, respecto al arte de la metrópoli, lo representa indudablemente la exuberancia del barroco y el churrigueresco, que encuentran campo propicio en la tierra mexicana, conjugándose con la tendencia de la forma complicada propia del indígena y la riqueza y amplitud del siglo XVIII.

El barroco mexicano levanta iglesias en ciudades y pueblos con una profusión sin límites. Durante cien años consecutivos se levanta una iglesia a la semana en el territorio que forma parte la actualmente República mexicana.

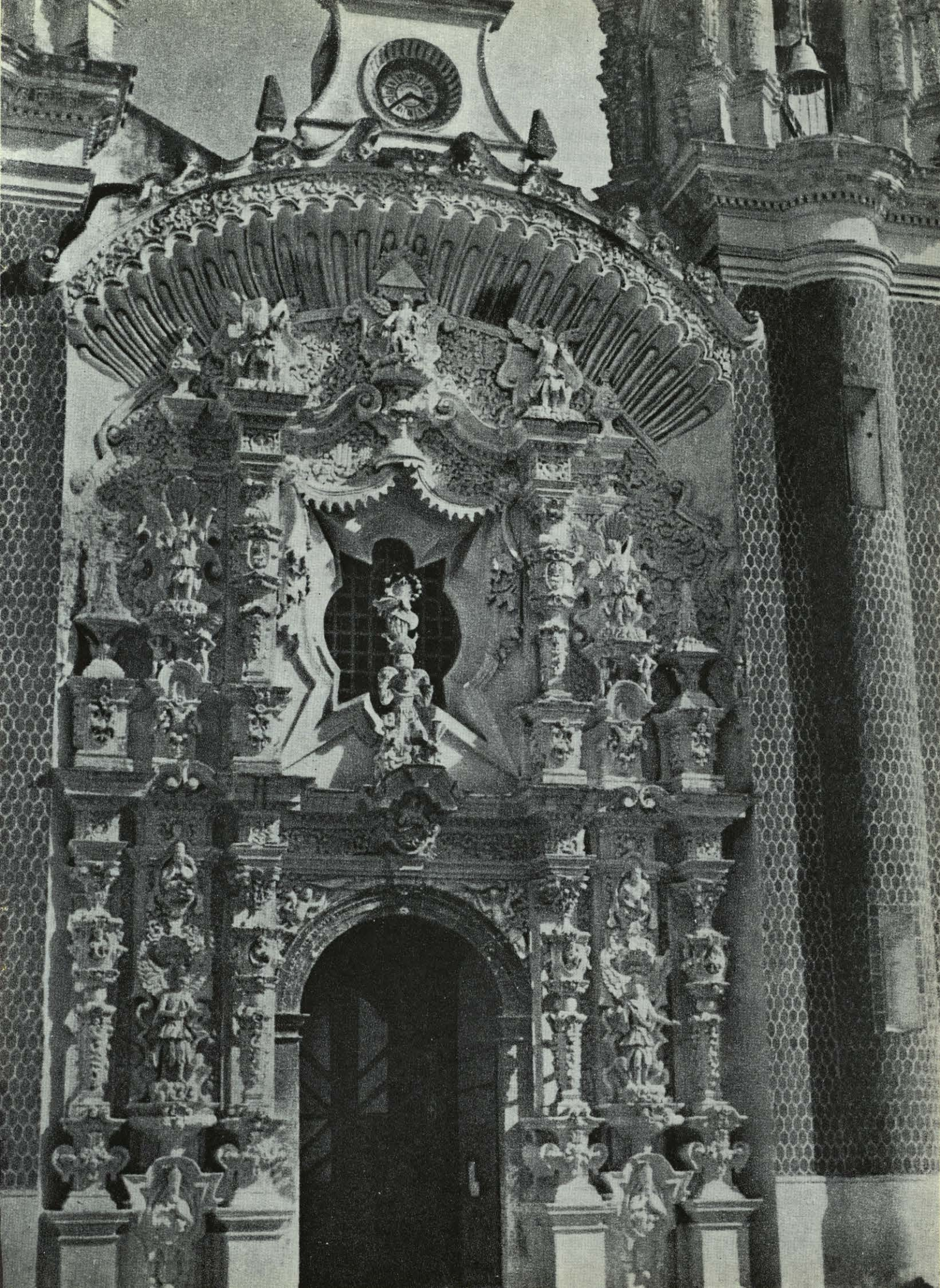
Sus obras, algunas de gran originalidad dentro del estilo, oscilan de lo popular e intuitivo, lleno de color e imperfecciones técnicas, a lo acabado y refinado como forma y como técnica. Las ciudades del centro de la República deben gran parte de su carácter actual a esa época.

LA LUCHA POR LA INDEPENDENCIA POLITICA

La época de la Colonia, en su desarrollo económico, político y cultural, tiene una consecuencia lógica en la que desemboca su crecimiento orgánico, una mayoría de edad conquistada a través de trescientos años de virreinato; esa consecuencia es la Independencia.

El movimiento libertario es llevado a cabo por minorías selectas del pensamiento mexicano, en las cuales alienta la vanguardia de la idea de Europa y América, que comparten el movimiento de ilustración y las nuevas tendencias del siglo XIX.

El nuevo estilo, el neoclásico, es tomado como bandera de los Insurgentes, de tal manera que sus formas, severas y dignas, se expanden al calor de las nuevas corrientes del



pensamiento al final del virreinato y perduran en los primeros tiempos de la República mexicana, estado libre y soberano, dueño para siempre de su propio destino.

El espíritu de renovación, sin embargo, no deja de respetar las reglas frías y académicas del nuevo estilo, brillando las personalidades fuertes de los arquitectos Tolsá y Tresguerras, que ejecutan las obras más sobresalientes de este período.

EN LA PAZ DE UNA DICTADURA CONSTRUCTIVA

Terminadas las turbulencias de la época formativa, inmediatamente posterior a la independencia, el destino de la República mexicana es regido por la recia personalidad del Presidente Porfirio Díaz. Su régimen de aquietamiento y estabilización marca la estructura administrativa del estado y el desarrollo de la economía del país, aun a costa del olvido de problemas sociales importantes.

Todas las actividades se saturan de "europeísmo", y la Arquitectura sigue paralelamente la moda y estilos, que con tanta inestabilidad se manifiestan en la misma Europa.

LA LUCHA POR LA JUSTICIA SOCIAL

El año 1910 quedará marcado indeleblemente en la historia mexicana. Una época ha dejado de tener razón de ser y aparece en forma incontenible y violenta la siguiente. La revolución mexicana tiene un aspecto negativo, el de reacción violenta contra la dictadura porfirista y otro aspecto de tipo profundamente creador y positivo: la afirmación de lo "mexicano" y el renacimiento del espíritu nacional en todas sus manifestaciones.

El momento de la Revolución es el de una reelaboración social, económica y política, sobre una base de justicia mayor, anhelo fuertemente sentido en el pueblo y deseado por minorías intelectuales.

Esta época de lucha violenta y cruda es de clarificación de ideales, de proyectos hacia el futuro mucho más que de realizaciones materiales. En ella se ponen los cimientos del México actual.

EN LA PAZ DE NUESTRA REVOLUCION

Terminada la cruenta lucha revolucionaria, la paz ve levantarse un nuevo orden social, acompañado de una nueva arquitectura, cuyo fin es el de dar realidad a los ideales sociales surgidos en la lucha.

El movimiento arquitectónico moderno no es un todo homogéneo y uniforme; por el contrario, es variado en tendencias e ideas directrices; como algo surgido en una forma orgánica, sin restricciones intelectuales o estatales, se manifiesta en formas diversas, en enfoques bajo puntos de vista diferentes, dentro de la gran corriente de la arquitectura moderna.

Podemos, dentro de su desarrollo empezado en 1926, distinguir varias etapas y tendencias. En su primer momento priva un constructivismo técnico, despojado de preocupaciones estéticas, que trata de resolver los problemas sociales en la forma más adecuada al fin perseguido. La sequedad geométrica y arquitectónica de sus formas se halla subrayada por una pobreza en el uso de los materiales y de las técnicas actuales.

Posteriormente, la Arquitectura mexicana toma conciencia de sí misma no solamente bajo el punto de vista de su función social, sino también por su valor estático, ganando en riqueza y variedad de forma, sin alejarse de la realidad inalienable de los problemas que se plantean.

En el momento actual diversidad de tendencias, personales o de grupo, matizan sus producciones, yendo desde el apego más o menos estricto a la arquitectura moderna en general hasta ensayos de enraizarla con la tradición plástica mexicana en el pasado, preocupándose especialmente por su integración con la pintura y escultura actuales. Dentro de los extremos de funcionalismo y tradicionalismo se pueden acusar con diferencias de grado múltiples caminos seguidos por el arquitecto mexicano, que, en conjunto, forma esa manifestación de importancia mundial y que es ya actualmente la Arquitectura mexicana.